

DICE EL PAPA

De la carta del Papa JUAN PABLO II a los sacerdotes. Jueves Santo del año 2.005

El Espíritu Santo restablece en el corazón humano la plena armonía con Dios y, asegurándole la victoria sobre el Maligno, lo abre a la dimensión universal del amor divino. De este modo hace pasar al hombre del amor de sí mismo al amor de la Trinidad, introduciéndole en la experiencia de la libertad interior y de la paz, y encaminándole a vivir toda su existencia como un don. Con el «sacro Septenario» el Espíritu guía de este modo al bautizado hacia la plena configuración con Cristo y la total sintonía con las perspectivas del Reino de Dios.

Si éste es el camino hacia el que el Espíritu encauza suavemente a todo bautizado, dispensa también una atención especial a los que han sido revestidos del Orden sagrado para que puedan cumplir adecuadamente su exigente ministerio. Así, con el don de la «sabiduría», el Espíritu conduce al sacerdote a valorar cada cosa a la luz del Evangelio, ayudándole a leer en los acontecimientos de su propia vida y de la Iglesia el misterioso y amoroso designio del Padre; con el don de la «inteligencia», favorece en él una mayor profundización en la verdad revelada, impulsándolo a proclamar con fuerza y convicción el gozoso anuncio de la salvación; con el «consejo», el Espíritu ilumina al ministro de Cristo para que sepa orientar su propia conducta según la Providencia, sin dejarse condicionar por los juicios del mundo; con el don de la «fortaleza» lo sostiene en las dificultades del ministerio, infundiéndole la necesaria «parresía» en el anuncio del Evangelio (cf. Hch 4, 29.31); con el don de la «ciencia», lo dispone a comprender y aceptar la relación, a veces misteriosa, de las causas segundas con la causa primera en la realidad cósmica; con el don de «piedad», reaviva en él la relación de unión íntima con Dios y la actitud de abandono confiado en su providencia; finalmente, con el «temor de Dios», el último en la jerarquía de los dones, el Espíritu consolida en el sacerdote la conciencia de la propia fragilidad humana y del papel indispensable de la gracia divina, puesto que «ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer» (I Co 3,7).



De San Juan de Avila.

¡Cuánto se enternece el corazón de un buen sacerdote cuando, teniendo al Hijo de Dios en sus manos, considera en cuán indignas manos está, comparándose con las manos de Nuestra Señora! Y, cierto, no se pudo hallar espuela que así agujerara e hiciera correr a un sacerdote el camino de la perfección, como ponerle en sus manos al mismo Señor de cielos y tierra que fue puesto en las manos de una doncella en la cual Dios se revió, dotándola y hermoséandola de innumerables virtudes (*Tratado del sacerdocio*, 21).



AÑO SACERDOTAL

Parroquia de San Pedro Apóstol
Ciudad Real



N.51

06-06-2010

Querido amigo:

Eres muy joven pero tienes un fuerte sentido crítico. Hoy me has interpelado con cierta rabia. Te has quejado de la predicación de los curas. Me has dicho que te aburres, que no te sientes atraído, etc. Creo que no te falta razón. Nos vamos quedando obsoletos, un poco oxidados por la edad y por la dispersión de tareas que se nos echan encima. Y tampoco somos genios de la palabra; ni santos para impresionar la mera presencia a los oyentes. Sin embargo tengo algo que decirte que quizá no te guste mucho: ¿por qué no ocupas nuestro lugar y nos enseñas cómo tendría que actuar un buen cura? *La Iglesia tendría que...*, *Los curas deberían...* ¿Y tú? Una vez un joven esclavo hebreo —se llamaba José— interpreto un sueño de Faraón sobre vacas flacas y vacas gordas como el anuncio de una época de abundancia seguida de otra de miseria, y hasta se atrevió a aconsejar que se construyeran silos para almacenar el sobrante con vistas al tiempo de hambre que vendría. El Faraón se mostró sabio: *tú, que lo has adivinado y comprendido, eres el hombre adecuado para gobernar la situación*. Le nombró mayordomo y le dio poder. Pues lo mismo te digo: tú que ves la necesidad, que tienes claro cómo tendría que ser el cura de hoy y qué defectos tendría que superar, ¿por qué no te haces cura y ayudas un poco? ¡Ay, Jonás, Jonás, que oyes la llamada y huyes por tierra y por mar! Nínive, la megalópolis moderna llena de torres gemelas y de grandes espacios comerciales, te está esperando para oír la Palabra y convertirse. Si quisieras...

Un abrazo

TESTIMONIO

Comparto con vosotros lo que ha sido la vocación o llamada que he sentido por Dios para ser sacerdote. En la niñez se va fraguando un aprecio y un cariño por las cosas de Dios. Asistí a las catequesis de la parroquia de Bolaños para recibir la comunión como todos los niños. Después en mi barrio, teníamos una iglesia, "Santa María", donde llegaron unas religiosas y empezaron a trabajar con muchas actividades, nos daban catequesis, talleres de mecanografía, guitarra... Éramos un grupo numeroso de monaguillos y nos gustaba ir a misa y ayudarle al sacerdote todos los días.

Una religiosa me planteó que yo podría ir al Seminario y para ello tenía que hablar con el sacerdote de la parroquia. Esto me dio mucha alegría, y yo quería ir al Seminario pero mis padres me dijeron que era pronto. Acepté y me fié de lo que ellos me decían. Pasado el tiempo con diecisiete años, y otra vez por mediación de otro sacerdote, volví a plantearme la posibilidad de ingresar en el seminario. La ayuda del sacerdote fue fundamental para entrar en el Seminario e ir discerniendo la llamada que el Señor me estaba realizando. El Seminario ha sido una etapa preciosa y fundamental para irme haciendo como persona llamada por el Señor al ministerio. He visto a unos sacerdotes muy buenos y entregados que me han ayudado en todos los momentos, la oración, el estudio, la convivencia con los compañeros han ido permitiendo que Dios me fuera moldeando para poder responderle con fidelidad. Siento con dolor que no siempre he sido generoso en todo lo que el Señor me ha ofrecido, pero cuando te pones en sus manos, Dios consigue que hasta de tus errores y pecados saques provecho para responderle.

Me ordenó sacerdote D. Rafael Torija el 2 de diciembre del 2000, junto con otros dos compañeros. He estado de sacerdote seis años en Santa Cruz de los Cáñamos y Albaladejo, y cuatro años ahora en Villanueva de la Fuente. Servir al Señor como sacerdote en su Iglesia es algo apasionante. Tenemos muchos retos, y siempre nos gustaría una Iglesia idílica con mucha participación de jóvenes, con muchos grupos apostólicos, con Iglesias llenas en las eucaristías dominicales, con una religiosidad popular purificada, pero la Iglesia está en camino, está llamada a convertirse, purificarse y responder con fidelidad al Señor. Y uno, da gracias a Dios, porque El que es Todopoderoso, cuenta con nosotros para que le sirvamos cada día en la Eucaristía, en los Sacramentos, en la Caridad, en la atención a los niños, enfermos... Dios nos confía un hermoso ministerio para seguir propagando su Reino.

En este año Sacerdotal, doy muchas gracias a Dios por la vocación que me ha regalado, y a todos los que me han acompañado, especialmente a los sacerdotes que con su testimonio siguen alentándome a responder al Señor con generosidad. Pienso que el Señor se ha servido de otros para que en mi prenda la vocación y la respuesta, y me agradecería que también el Señor se sirva de mí para suscitar en otros la vocación al sacerdocio, a la vida consagrada, a la vida laical. Agradecido a Dios de confiarme este ministerio.

Antonio Ruiz García

ORACION

Padre Nuestro que estás en el Cielo

Para que Tu Nombre sea santificado,
Señor, danos sacerdotes.

Para que Tu Reino venga a nosotros,
Señor, danos sacerdotes.

Para que nos comuniquen el pan
de la Palabra y de la Eucaristía,
Señor, danos sacerdotes.

Para que en Tu Nombre
perdonen nuestras ofensas,
Señor, danos sacerdotes.

Para que nos enseñen a perdonar
a los demás,
Señor, danos sacerdotes.

Para que nos auxilien en nuestra lucha
contra las tentaciones,
Señor, danos sacerdotes.

Para que en el momento de nuestra muerte
nos ayuden a vernos libres del mal,
Señor, danos sacerdotes según tu corazón.
Amen